

## **JUSTO SIERRA.**

*Discurso en la distribución de premios, hecha por el Presidente de la República a los alumnos de las escuelas que sostienen la Compañía Lancasteriana y la Sociedad Artística Industrial, el 31 de enero de 1874.*

### **La niñez y la escuela.**

Señor Presidente, señores: Nos acercamos con profunda emoción a este altar de la infancia, levantado por la República para tener a Dios propicio en las horas decisivas del porvenir. Cada vez que surge entre nosotros una de estas pequeñas frentes coronadas, en medio de la algazara infantil que hace un sólo gorjeo de la risa y de la plegaria, tiene lugar en silencio la más noble transformación de la vida humana: es una inteligencia que se abre a la luz como una corona al día; es un alma peregrina que va de mundo en mundo, que duerme el sueño de su anterior existencia en el organismo naciente y que despierta a ese poético crepúsculo de la vida que se llama la niñez. Y tiene este momento una más alta significación para la patria, que las lides sangrientas en que obligó a la victoria a arrodillarse a sus pies, tiene más alta significación que el manantial de oro descubierto en el aluvión de nuestra planicie, que la locomotora que vuela dejando prendidos en los picos de las montañas sus blancos festones de humo, como guirnaldas de paz; que el hilo eléctrico, imitador del vuelo del pensamiento en el espacio, que salva los abismos y hace caber el océano entero en una oscilación de péndulo; porque este acto augusto es más que la aurora de un triunfo, que la llegada de la prosperidad; es el advenimiento del hombre, es la entrada del espíritu en la vida.

En este instante sublime y único, la patria ejerce las funciones sagradas de la maternidad; hay en estas fiestas algo de su sangre convertida en alimento del alma, algo de su aliento sobre estas frentes puras, algo de sus besos sobre estas coronas.

Hablemos de paz, de porvenir, de concordia; hablemos de Dios. Vienen a los labios dulces palabras del cariño y de la fe entre esta turba de ángeles cuyo aleteo clama las pasiones y hace soñar en el cielo. ¿Por qué los odios, por qué los rencores al pie de este altar que es una cuna? Vienen, es cierto, a nuestra memoria, tristísimos recuerdos, sentimos palpitar el corazón desgarrado del género humano en nuestro corazón, delante de este espléndido triunfo de la época presente; evocamos sin querer las grandes figuras dolorosas de los que han sufrido tanto, de los que tanto han amado, de los que han muerto; la historia de los siglos se endereza delante de nosotros como un inmenso calvario; los himnos de estos niños han brotado de esa agonía, las lágrimas han sido el germen de estas sonrisas; antes de esta luz, tendió la noche su pesado manto sobre la Tierra. Niños: Tenéis en vuestras manos un libro. La historia de cada una de sus hojas es una historia de martirios; por cada una de sus letras, has empapado en sangre la tierra. Bendecidlo, porque es como el altar del sacrificio.

Algún día sabréis que la historia de esa porción de papel que tenéis en las manos es la del género humano, es la historia del progreso y de la civilización.

Los niños de todos los siglos han padecido mucho para que vosotros llegáseis a deletrear en paz vuestros silabarios. Ahora vais a recibir las caricias de vuestras madres llevando la recompensa del trabajo, como una promesa de bendición, a vuestro hogar. En la escuela llegáis a saber que, así como la luz que hace una lámpara de cada átomo del espacio, está el bien derramado en el mundo; que así como la sombra es una ilusión, el mal es un fantasma que pasa; que el bien y la inteligencia infinitos presiden esta armonía eterna que se llama la creación; que el mal es una nota fugaz que disuena en un teclado cuya primera nota perceptible está en el susurro de la

florequilla que se mece al viento, y que, como los ecos del órgano se apagan en la misteriosa curva de la cúpula cristiana, levanta y pierde sus últimas notas más allá de los soles y de las constelaciones.

En la escuela llegáis a saber que somos, en comparación del universo, una molécula intangible, que somos un átomo de esa gran nebulosa, cuyo perfil incierto percibimos de noche en el firmamento; vapor de mundos arrebatados en el Cosmos por el torbellino del movimiento eterno. Pero que así como la luz enciende todos los átomos, la luz de lo alto enciende todos los espíritus, y con esa luz se iluminan los abismos, los espacios, el más allá de la tumba, y esa gran mentira que se llama la muerte, y ese gran espectro que se llama la materia.

Y os sentiréis dignos de la libertad y de la vida, sentiréis en vuestra conciencia la revelación de vuestro porvenir, os comprenderéis misioneros del bien en este minuto angustioso que se llama la existencia y aceptaréis el trabajo y el dolor como una bendición, y moriréis en paz, y vuestros hijos hablarán de fraternidad y de fe sobre la piedra de vuestro sepulcro.

Los niños de ayer, los niños que han sufrido por vosotros, los que no tuvieron un libro entre sus manos, ni una patria sobre su cuna, ni un Dios sobre su cielo, pasaron ignorantes y tristes. Jamás los olvidéis.

Para ellos era este mundo el centro de la creación, y el primer hombre que se atrevió a negarlo tuvo que postrarse ante unos sacerdotes de odio y de ignorancia, y sus cabellos blancos coronados por el nimbo augusto del genio tocaron el suelo, delante de un cenáculo de orgullosos que le dictaba una retractación. Y los que hablaron de libertad fueron escarnecidos, y puestos en la picota del desprecio público, y tratados como dementes los que hablaron de ciencia. Este padecer no fue de un día, no fue de un siglo, ha sido el padecer eterno de la humanidad; el libro es como el sol

lejano que entrevemos en el sueño, porque el libro quiere decir la redención del alma, quiere decir luz y vida, amor y paz.

Brotó un día de una vieja máquina escondida en las tinieblas. Un hombre de trabajo y de fatiga lo había concebido en la soledad, como si la vieja sociedad sintiera que en la prensa de Gutenberg se iba a estampar su sentencia de muerte, se interpuso entre aquella invención y la luz; pero el libro apareció por fin. Un golpe eléctrico estremeció el alma del género humano, los hombres se fueron inclinando sobre aquel libro, y leyeron. Era la Biblia. En ella leyó Martín Lutero las pruebas de la libertad de la conciencia, se sintió en comunión íntima con la idea, y pasó el libro inmortal a las manos de la Europa atónita. Desde entonces las ideas cruzaron sobre las frentes como soplos inspiradores, el pasado se sintió muerto, y como el viejo árbol que crece a orillas del abismo, el huracán de las revoluciones lo precipitó en la tumba.

Niños: La Obra no está consumada. El libro debe pasar a las manos de vuestros hermanos, que más desgraciados que vosotros no saben leer todavía. No saber leer es estar ciego, es no tener consuelo para el dolor, es no tener fuerzas para el trabajo, es no tener aspiración en el alma, ni luz en el horizonte, ni un rayo de sol dentro del humilde hogar. Los campos de nuestra patria están regados de esos seres infelices en quienes el espíritu parece la llama vacilante de un fanal inútil, para esos pobres niños no hay libro ni instrucción: ¿Cómo queréis que amen la patria? ¿Qué significa para ellos este nombre? El triste recuerdo del padre llevado por fuerza a la guerra y sacrificado en un rincón oscuro, del hogar desnudo, de la madre sola, del pobre campo incendiado.

Hablemos de concordia y de porvenir, porque la democracia, como el Cristo, ama a los niños; únanse a los aleluyas de estos seres inocentes las estrofas de la lira y el canto marcial de nuestras victorias; pero no olvidemos, no olvide la patria, que se están sucediendo a nuestro lado las generaciones de esclavos, que nuestras fiestas

están enlutadas por una sombra, que necesitamos un diluvio de instrucción por bautismo en las cabezas de esos melancólicos vencidos de la conquista, que esa será una inmensa inmigración de almas en el seno de nuestra sociedad, que necesitamos hacerlo así, si queremos adelanto y progreso, que debemos hacerlo así, si somos dignos de llamarnos hombres libres.

La noble Sociedad Lancasteriana ha emprendido esta santa tarea, porque el amor al bien y a la libertad son su tradición y su herencia. La República entera debe empeñarse en esta obra de regeneración; hemos dado la mano a la mujer, hemos reconocido en ella a la partícipe de nuestros derechos, ya que lo era de nuestros dolores, hagámoslo de la mayoría de la nación mexicana. Hagamos valer el derecho del niño a la instrucción, y obliguemos al padre a respetar este derecho del niño clamando la enseñanza obligatoria. Santifiquemos la escuela abriéndola a todos los vientos, como el templo del género humano. Pongamos sobre un altar a ese santo de la democracia que se llama el maestro de escuela y así estará consolidada la obra de nuestros apóstoles y de nuestros héroes, y así las oraciones de los niños volverán como un rocío celestial sobre los campos mexicanos, y cada año, en estos grandes jubileos de la niñez, podremos decir: la patria vive en paz, no hay nubes en el horizonte, ni sangre en el suelo; el pobre hogar de la República está bendito. Somos libres.